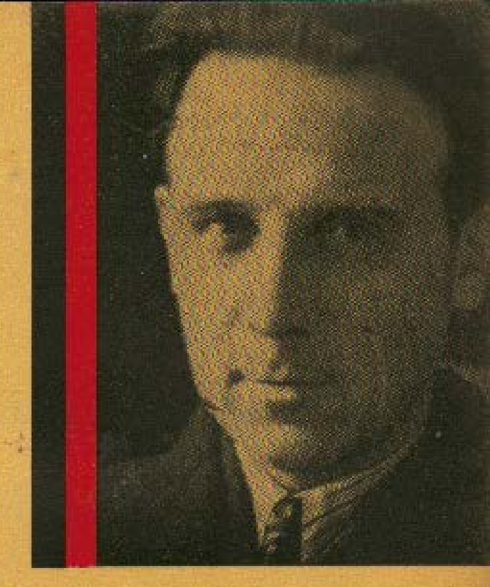


Nuestro programa de reconstrucción

por

Gastón Leval

CONFERENCIA
PRONUNCIADA EN EL CINE COLISEUM
DE BARCELONA, EL DIA 10 DE ENERO DE 1937.

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI

Nuestro programa de reconstrucción

Camaradas: No es sin cierto desagrado, aun cuando pueda sorprenderos, que yo vengo hoy a exponer cuáles son los conceptos generales de reorganización social de la C. N. T. y del movimiento anarquista español. No es, digo, sin cierto desagrado, porque actualmente, cuando las hordas fascistas atacan furiosamente a Madrid, cuando a lo largo de la costa atlántica desembarcan las tropas enviadas por Hitler y Mussolini, cuando el fascismo internacional se concentra sobre España, deberíamos poder postergar la explicación de estas soluciones para un período más adecuado. Pero la política nos obliga a hacerlo; la política ha vuelto por sus fueros. Mejor dicho, no los abandonó nunca. Los partidos políticos que actúan en la vida de España, están llevando a cabo, encubierta y abiertamente al mismo tiempo, una ofensiva contra la C. N. T., contra el movimiento anarquista, y, en lugar de seguir la trayectoria lógica, necesaria, sensata y real, que las circunstancias actuales proclaman; en lugar de mantener unido el bloque antifascista, en una compenetración que nada debería agrietar; en lugar de postergar para mañana el examen de la reconstrucción llevada a cabo por todas las fuerzas antifascistas, todavía y siempre unidas, sobre la base de una plataforma común, estamos obligados a responder a esa ofensiva con la exposición honrada y leal de lo que la Federación Anarquista Ibérica, de lo que la Confederación Nacional del Trabajo se proponen llevar a cabo. No olvidamos por esto, y tengo mucho interés en hacerlo recalcar, los problemas de la guerra. Ellos nos angustian en grado sumo.

Pero podemos afirmar que la victoria sobre el fascismo depende mucho de las intenciones que cada uno de los sectores antifascistas abrigue.

El Anarquismo va a exponer a la opinión pública, lo que se propone. Porque sería un error, si no error grave por lo menos importante, atribuirle todas las realizaciones que actualmente se están llevando a cabo.

En España, al mismo tiempo que luchamos contra el fascismo, muchas fábricas, muchos talleres, están en manos de los trabajadores. En la mayor parte de estas fábricas y estos talleres, se han organizado Comités de Empresa, Comités de Control que, bien o mal, han asegurado la continuación de la producción. En el campo se han, en parte, "colectivizado" —según la fórmula puesta en marcha desde el 19 de julio— las tierras, y estas colectivizaciones, realizadas en una y otra región de España, corresponden poco, en verdad, a lo que el Anarquismo ha siempre preconizado, como corresponden poco también las realizaciones de los Comités de fábricas y de Empresa, que se están llevando a cabo en tantas partes. Conviene establecer esto: que estas realizaciones no están totalmente de acuerdo con el concepto social, constructor del Anarquismo. Conviene también establecer hasta qué punto habremos mañana de rectificarlas en parte, y hasta qué punto o grado habremos de emplearlas.

Las realizaciones actuales son transitorias. Al cabo de cinco meses y medio de haberse iniciado, la Revolución no puede, máxime cuando se tropieza con las dificultades actuales causadas por la guerra y el fascismo internacional, no puede, repito, esta Revolución haber llevado a cabo todos sus postulados. Hay, fatalmente, en tan breve lapso de tiempo, creaciones improvisadas que responden al grado de preparación intelectual, doctrinal y técnica de los hombres que las realizan. Lo transitorio puede ser interesante, pero interesa determinar lo que nosotros predicamos en las circunstancias actuales para el porvenir. Interesa también procurar que, a pesar de las dificultades creadas por los otros partidos, por la mayor parte de los partidos políticos, se mantenga para mañana una plataforma común, y nosotros tenemos un gran interés en ver cómo pueden conjugarse por un lado las aspiraciones de los que pertenecen a estos partidos, pero que anteponen a la idiosincrasia de los mismos, el acto de mayor igualdad y libertad para todos los hombres.

No se discute hoy apenas, aun cuando no siempre los propósitos íntimos responden a esta actitud, la necesidad de realizar el socialismo en el dominio económico. El principio

fundamental del socialismo, es la posesión por la sociedad de todos los elementos productivos de bienes, para que la sociedad pueda disfrutar de estos bienes sin privilegios de ninguna clase. El socialismo implica, pues, la desaparición de la división de la sociedad en privilegios y en miseria, en privilegiados y en explotados. El socialismo implica la igualdad económica, es decir, la igual posibilidad para todos los hombres de la sociedad, de adquirir los productos necesarios, de acuerdo con las existencias generales de estos productos y de estos elementos. En principio, el socialismo es, por lo tanto, admitido por todo el que no abriga el propósito encubierto de explotar a sus semejantes.

Aceptado este principio por la mayor parte de los partidos, aunque con mayor o menor sinceridad en los jefes de los mismos; aceptado este principal factor de la reconstrucción de la sociedad, veamos hasta qué punto su realización es necesaria. Y debemos verlo examinando la situación actual del Mundo, aun cuando sea en un breve espacio de tiempo.

Cuando se produjo la Revolución y simultáneamente el ataque fascista en España, el Mundo atravesaba una crisis económica que dura todavía. Esta crisis empezó en Norteamérica, en octubre de 1929, durando, por lo tanto, hace más de siete años. Nunca en la historia económica de los pueblos otra crisis ha durado tanto. A lo sumo, las anteriores se prolongaron en alguna ocasión, pero no más allá de dos años, o dos años y medio. A medida que el tiempo transcurre, las contradicciones del capitalismo se acentúan en forma creciente, la miseria crece paralelamente al aumento prodigioso de la técnica de producción.

Las crisis económicas, en efecto, tenían generalmente lugar de siete en siete o de nueve en nueve años, en forma predominante, es decir, que una crisis empezaba un año determinado, terminaba a los dos años, y siete años después estallaba una crisis nueva. Se han analizado durante un siglo entero, y de acuerdo con todas las estadísticas, con todos los estudios hechos, nunca una crisis había durado tanto como la actual, ni nunca había adquirido tan grandes contornos. El total de desocupados subió a cuarenta millones. No olvidemos que tras de cada desocupado hay, generalmente, tres miembros de familia, que dependen de su trabajo. Por lo tanto, eran ciento sesenta millones de personas alcanzadas por la crisis; pero no se refería esta proporción a la población total del Globo, porque la crisis alcanzaba, especialmente, sobre todo en Occidente, a los países más adelantados y civilizados en Europa, Norteamérica y Sudamérica.

La crisis ha costado al Mundo mucho más que la guerra pasada, desde el punto de vista económico. Ha costado muchas más vidas de las que fueron sacrificadas en los campos de batalla en los años de 1914-18. Y la crisis sigue y continúa y aparece sumamente agravada por haber dado lugar a los nacionalismos económicos, al encerrarse cada país dentro de sus propias fronteras, produciendo cereales y artículos industriales a precios elevadísimos, pues la mayor parte de las naciones no reúnen condiciones naturales que les permitan responder a todas sus necesidades.

La crisis ha producido también el recrudecimiento del militarismo y del peligro de guerra, porque detrás del nacionalismo económico, viene siempre el nacionalismo político, con la defensa de los derechos de Aduana mediante el fuego de los cañones, los tanques y los aviones de bombardeo.

Y no hemos terminado. Si el ciclo de las crisis es predominante de siete años, hemos entrado en una crisis nueva, o en la agravación de la crisis actual.

Un Mundo que presenta este cuadro; un Mundo que no tiene más perspectivas que crisis cada vez más terribles, mayor miseria, mayor número de víctimas y un desquicio continuo de las organizaciones que componen la Economía, está condenado a desaparecer.

No son solamente los principios morales; no es únicamente la ética más elemental lo que recomienda la realización del socialismo, sino también esto otro: el derrumbamiento de una sociedad que no responde desde hace mucho tiempo a las necesidades de sus componentes, y cuyas propias concepciones se vienen abajo sin posibilidad de remedio.

España, con la sociedad que ha muerto en ella, puede aspirar a las realizaciones del socialismo, pero puede aspirar también por otras razones. España tiene problemas sociales, de particular intensidad, que hacen que el socialismo sea, dentro de sus fronteras, una necesidad todavía mayor que entre las fronteras de las demás naciones.

Afortunadamente, cierto número de economistas españoles vienen rectificando un error demasiado común entre muchos hombres públicos de este país. Este error es la creencia de que España es de por sí una nación rica, donde el trabajo humano puede recibir amplio beneficio, amplia recompensa.

Se abordan ya los problemas económicos de España, incluso frente a una posibilidad revolucionaria, desechando esa afirmación contenida en los discursos de los políticos, en las declaraciones de los hombres de Estado, que suelen tratar muchas cuestiones sin estudiar ninguna.

Sobre estos problemas cuenta, ante todo, las opiniones de los geógrafos, de los geólogos y los economistas y, particularmente el estudio comparado de la Economía española con la de las demás naciones.

España es una nación esencialmente pobre para obtener del esfuerzo humano un rendimiento adecuado, y esto tiene una importancia enorme para justificar más aún la necesidad del socialismo, de la destrucción del privilegio. España es una nación poco favorecida por la Naturaleza. Las tres cuartas partes de su población son agrícolas y ganaderas. Las tres cuartas partes de su población dependen, pues, del trabajo de la tierra, y al analizar las condiciones naturales de España, nos encontramos que son casi por completo hostiles a la agricultura desde el punto de vista geológico.

Un hombre de ciencia especializado, Mallada, ha descrito la tierra española de la siguiente forma:

El 10 por 100 del suelo español se compone de rocas en teramente desnudas. El 35 por 100 del suelo español se compone de terreno nada apto para la agricultura. El 45 por 100 del suelo español es poco apto para la agricultura. El 10 por 100 del suelo español reúne condiciones que pueden hacernos creer que vivimos en un paraíso.

Mallada, que fué varios años director general de Agricultura y Montes, afirma que la cuarta parte del suelo español es totalmente impropio para el cultivo; el 25 por 100, cuando en Francia, en Italia, en Alemania, solamente el 10 por 100 ofrece estas características.

Si a estas condiciones geológicas agregamos la climatología, vemos multiplicarse las dificultades en las condiciones de la agricultura.

Toda Castilla y Extremadura están rodeadas por montañas que impiden la llegada de la lluvia. En Castilla y Extremadura, el término medio de precipitaciones atmosféricas es inferior a 500 milímetros, y éste es un promedio de una insuficiencia tal, que fatalmente ocasiona una escasez de producción que repercute en la vida económica del pueblo español.

El promedio de lluvias en toda España es de 500 mm. por año. 500 milímetros, cuando una agricultura rica y próspera requiere por lo menos 1.000 mm. Y no es esto sólo; si el suelo de España fuera más llano, tal vez esta agua podría aprovecharse mejor, pero no puede, desde el punto de vista, compararse la situación de este país con la de otros muchos.

El agua cae muy a menudo en invierno, cuando hace poca falta a los sembrados, o cae en regiones montañosas, resba-

lando inmediatamente por los barrancos, ocasionando inundaciones y no siendo aprovechada por la agricultura. O cae, y ese es el caso de Castilla, en verano, cuando el sol ardoroso la hace evaporar inmediatamente, no pudiéndose aprovechar en gran parte para el cultivo.

Y estas dos dificultades fundamentales de la geología y climatología, a las cuales podríamos añadir las dificultades de la temperatura, las heladas y las sequías, todo esto obliga al habitante de España a gozar de un bienestar muy relativo en relación al que la Naturaleza puede brindar a los habitantes de otras naciones.

Estas condiciones me llevan a la conclusión de que en España el socialismo, la igualdad económica, la desaparición del privilegio se impone más que en otras partes. En países ricos pueden existir una burguesía y un proletariado de una vida llevadera. España es pobre y esta doble existencia es imposible. Lo que la Naturaleza da, no puede ser absorbido por la población parasitaria que consume lo mejor de la producción, y por la mayoría que trabaja y está condenada a consumir muy poco. Todo debe ser bienestar o dificultad para todos por igual, por necesidad económica elemental; necesidad que se advierte cuando se recorre España, en la cual hay tantas regiones donde los campesinos ofrecen un estado de depauperación que indica una degeneración completa de la raza.

¿Pueden remediar estas condiciones las reformas o ensayos que se hicieron últimamente? ¿Puede la reforma agraria, que se nos ofrecía como la solución de este estado de cosas, implicar una promesa de redención del campesino español, o sea, de las tres cuartas partes de la población española? En absoluto, no. España tiene más de un millón de propietarios, de los cuales 845.000 obtienen de su trabajo agrícola un rendimiento inferior a una peseta diaria y deben dedicarse, además, a otras faenas, como empleos municipales, peones camineros, etc.

La pequeña propiedad no ha de permitir en España el establecimiento de un estado económico deficiente. Además, la reforma agraria iniciada con la segunda República, no es una novedad en la Historia contemporánea. Fué iniciada también a raíz de la guerra pasada. En el centro y el este de Europa las naciones y, especialmente, conviene recalcarlo, las naciones donde ha habido un Estado semifascista, cuando no fascista del todo, han multiplicado las posesiones agrarias. Rumania, Bulgaria, Polonia, Checoeslovaquia, Hungría y otras, hicieron desaparecer los feudos agrarios haciendo

surgir a millares y centenas de millares, los pequeños propietarios. En Rumania, además de aumentar las pequeñas propiedades, se agrandó el área del campo poseída ya por los pequeños campesinos, a fin de mejorar su situación. ¿Y esta situación ha mejorado? En absoluto, no.

Y es que no se puede, hoy, cuando el cultivo en la gran propiedad produce resultados económicos admirables, estructurar sobre la pequeña propiedad una Economía satisfactoria, acorde con las necesidades de nuestra época.

Se pudo en Francia, después de la Revolución de 1789, desposeer a los señores feudales de sus tierras y venderlas a quien pudiera comprarlas. Se pudo entonces, porque las condiciones de trabajo industrial y de producción agraria se armonizaban. Pero hoy, cuando las inmensas llanuras de la Argentina, del Canadá, de los Estados Unidos y de Australia ofrecen el grano a precios tres veces inferiores al que se consigue en Europa, y el ganado se ofrece mucho más barato, pretender establecer una economía nueva sobre la base de la pequeña propiedad, es dar la espalda a la realidad económica del Mundo.

Además, la pequeña propiedad implica la imposibilidad de utilizar los recursos de la técnica, y estos recursos no solamente son aplicables allí donde existen enormes extensiones de campo y donde se pueden emplear los medios mecánicos de trabajo, sino también en el trabajo humano llevado a cabo en espacio reducido de campo, que requiere un trabajo común, un trabajo colectivo, porque el pequeño propietario nunca podrá comprar por sus propios recursos y emplear en forma económica los medios mecánicos y químicos que la ciencia agraria moderna pone a su disposición. Pretender que en España, con lluvia insuficiente, con una calidad de suelo insuficiente también y dentro de condiciones donde el capitalismo ha desaparecido, que el pequeño propietario pueda levantar una economía agrícola superior a la economía anterior, es querer ignorar por completo la realidad.

Todo, absolutamente todo, nos lleva a la conclusión de que, para el bien de la población española, para vencer en el plan económico al fascismo, la desaparición de la pequeña propiedad, la socialización ha de figurar en el programa de los partidos antifascistas, ha de ser proseguida inmediatamente, en todo cuanto las circunstancias permitan realizarlo.

Naturalmente, la industria debe también ser socializada, y por principio ético, por la Revolución, debemos llegar a la misma conclusión en lo que se refiere a la dirección de las

fábricas y talleres. Pero quiero, antes de exponer los conceptos generales que al respecto preconiza la C. N. T., el movimiento anarquista en general, quiero hablaros sobre el concepto del federalismo, que ha sido tocado en esta misma tribuna el domingo pasado por nuestra compañera Federica Montseny y sobre el cual es necesario aportar siempre el mayor número posible de precisiones.

Hay en España una tendencia general a admitir el federalismo. Pero, ¿qué clase de federalismo? Porque en esta doctrina o principio, como en todos los principios, existen varias interpretaciones. El federalismo de los burgueses no puede compararse con el federalismo de los trabajadores. El federalismo de los que pretenden mantener la división de la sociedad y la explotación de una clase por otra, nada tiene que ver con el nuestro. Pero incluso entre los que aspiran a una realización socialista, existen dos conceptos fundamentales del federalismo. Uno es el político, que ha extraído su forma del regionalismo; otro es el federalismo, de carácter socialista.

El federalismo de carácter político ha desaparecido hasta cierto punto. Dentro de nuestro propio movimiento son muchos los compañeros que entienden que la organización de la nueva sociedad debe hacerse sobre la base de la organización local, comarcal, regional y nacional. De la localidad a la comarca y de la región a la nación. Examinemos detenidamente esta interpretación y veamos si responde al sentido ético del socialismo y a la realidad económica y social, tanto del pueblo español como de cualquier otro pueblo.

El federalismo regional es casi, podríamos decir, incompatible con la vida económica. Sólo puede concebirse dentro de la Economía, si se habla de estos dos conceptos independientemente del análisis de la Economía y de la sociedad.

No existe, ya lo he dicho en otras conferencias y debo repetirlo ahora, no existe en España ninguna región económicamente autónoma, ya que por la propia naturaleza, por la misma distribución geográfica de los climas, de la riqueza y de las características del subsuelo, todas las regiones tienen una especialidad productora predominante. Todas se necesitan unas a otras, y esto es algo que se pierde demasiado de vista cuando se trata de estos problemas.

Cataluña sufre actualmente por la falta o por la carencia de pan, como resultado de una separación accidental con otras regiones. Cataluña sufre igualmente de una escasez de leche y de carne. He aquí una lección prácticamente que nos guía para comprender mejor la economía y la vida so-

cial. Cataluña no tiene lana suficiente para sus fábricas, no tiene materias primas para confeccionar sus géneros, y la mayoría de los tejedores se encuentran desocupados a consecuencia de esta falta de materia prima.

Cataluña no tiene tampoco carbón suficiente para hacer funcionar sus calderas, sus máquinas y sus fábricas, y vemos, asimismo, cómo faltan otros artículos de primera necesidad, artículos alimenticios de los que carecen también nuestros hermanos de Vizcaya y de Santander y de Asturias, porque el pan viene con el trigo de Castilla; esas provincias carecen igualmente de muchas materias primas para sus fábricas. Nuestros hermanos de Andalucía están comiendo hace mucho tiempo pan de maíz, y sufren asimismo privaciones. Por otra parte, en Castilla no se reciben los tejidos catalanes, ni la maquinaria que se fabrica en Vizcaya y Cataluña; no reciben tampoco carbón de Asturias, no reciben muchos productos fabricados en la región ocupada por el antifascismo, no reciben las frutas, ni el arroz de Levante, no reciben una porción de artículos indispensables para su vida.

Ved, por lo tanto, cómo la vida económica es una vasta unidad en la que todos los hombres y las regiones están por completo compenetrados y se necesitan recíprocamente. Y frente a esta realidad, que nadie puede negar, el federalismo regional en sentido económico desaparece por completo, es una construcción falsa que no responde a la vida social ni a la vida espiritual de los pueblos. Y responde, menos aún de lo que hemos visto, porque se presentan otros problemas que debemos tener el valor de abordar.

España, antes del movimiento, ofrecía un aspecto muy variado de condiciones de existencia. El habitante de Cataluña era un privilegiado en relación con el de Castilla. El de Santander también era un privilegiado frente al de Andalucía; lo mismo ocurría con el de Levante frente al de Lugo y Orense. Había desigualdades económicas enormes; ¿y de qué provenían? Provenían del mecanismo de los cambios. Por un mismo esfuerzo, cuando no por un esfuerzo mayor, el campesino vivía peor que el obrero de la ciudad.

Cataluña puede vender sus productos fabricados y manufacturados en mejores condiciones e imponer sus precios, porque generalmente la industria se impone sobre la agricultura.

¿Puede esta situación quedar en la sociedad transformada, donde los principios éticos se conjugan con las realidad económica? Indudablemente no, y nos vemos obligados

a pasar por encima del regionalismo económico y a considerar la vida social de España como una unidad, en la cual todos los habitantes por igual puedan disfrutar de los bienes existentes con los mismos derechos adquiridos al desempeñar la función que les incumba.

Si se implantara el regionalismo en el federalismo económico, asistiríamos a una lucha de las regiones y de las provincias entre sí. Los mineros de Almería ofrecerían su hierro en competencia con los mineros de Vizcaya. Los campesinos de Tarragona ofrecerían su arroz en competencia con los de Valencia o de Murcia; los hortelanos de Valencia entablarían el mismo pugilato contra los de Murcia o Granada. Habría, en suma, una lucha económica que nada tendría que ver con el socialismo, que desmentiría nuestras aspiraciones, y que ofrecería un espectáculo tan ingrato como el capitalismo está ofreciendo actualmente.

En estas luchas se produciría también un desorden económico espantoso, porque cada uno produciría según las esperanzas de colocación de sus productos, y crisis, exactamente como está ocurriendo con el capitalismo. Crisis de superproducción, por un lado, y escasez, por otro, si el trabajo no está organizado sobre un plan más amplio que el regional, que se defiende sin haberse analizado debidamente la realidad de la existencia.

El concepto del socialismo ofrece y debe realizar un contenido ético y un sentido de orden superior a estos postulados abigarrados. El socialismo siempre se ha presentado para nosotros como una visión de la sociedad, en la cual la producción se ajustaría de un modo general a la necesidad del consumo, ordenando todos los medios para conseguirlo. El Anarquismo, que tiene un contenido social, que es esencialmente socialista en el amplio sentido de la palabra, ha recomendado siempre la estructuración de la sociedad de acuerdo con las necesidades propias de la misma. Kropotkin, en "La conquista del pan", escrita hace ya cincuenta y cinco años, decía que nosotros, los anarquistas, empezábamos por estudiar la Economía, no abordando las formas y la importancia de la producción como hacían los economistas burgueses e incluso el mismo Marx, sino ocupándonos primero de las necesidades. Conocidas las necesidades, el problema estriba en ajustar a ellas las actividades productoras. Se nos puede decir que este concepto es de Economía planificada. Puede que así sea. Pero es muy necesario delimitar el concepto de la Economía planificada de la burguesía, que responde únicamente a que los capitalistas se ase-

guren los mercados y no se hagan competencia, a fin de explotar mejor al Mundo, y nuestro concepto que tiene por objetivo satisfacer todas las necesidades del Mundo.

En la producción industrial, nosotros defendemos desde mucho tiempo y tendemos a realizar la organización del trabajo sobre la base del Sindicato de industria, quien, a su vez, se une con los Sindicatos idénticos esparcidos por todo el país y constituye la Federación de Industrias. Vemos, por lo tanto, industrias dirigidas por las Federaciones de los Sindicatos extendidos sobre el país, los cuales aúnan sus esfuerzos a fin de producir lo necesario dentro de la obra que les compete.

Estas Federaciones de Industria, estructuradas de forma federal, constituirían Consejos económicos responsables ante los Congresos, los cuales tendrían por misión recibir todos los informes necesarios sobre la necesidad de la población y distribuir la producción para satisfacer estas necesidades. Esta distribución debería hacerse en cada región y comarca, de acuerdo con los recursos técnicos, de materia prima y mano de obra, que existirían en cada una de las regiones, comarcas y ciudades. Así la producción podría desarrollarse en forma armónica.

Las Federaciones de Industrias se enlazan entre sí en un Consejo superior que no tendría por misión dirigir toda la producción, pero sí establecer la coordinación necesaria en cuanto al trabajo de todas y cada una de ellas. Cada industria aporta sus productos, que las otras deben utilizar. Esto implica una coordinación entre industrias, y esta coordinación sería posible mediante el organismo superior que no tendría más alcance que el de suministrar de una Federación industrial a otra, los datos necesarios para que cada una de ellas, en el tiempo preciso, fuera organizando y encauzando sus actividades.

En el orden agrario, ya que el trigo de Castilla, de Andalucía y de Aragón, contribuye por igual a alimentar muchas partes de España, no puede haber una organización triguera de Andalucía, de Castilla, de Aragón, de Levante, de Cataluña y de Galicia. Debe haber una unificación y coordinación especial de los productos trigueros. La producción debe responder a las necesidades de la población española. Si se necesitan, como actualmente, 38 millones de quintales al año, la producción debe distribuirse de tal modo que estos 38 millones estén asegurados en la forma más económica posible, utilizando tanto los terrenos más adecuados como los medios técnicos que permitan el aumen-

to de producción en beneficio de los trabajadores del campo. Así también para la producción de los demás cereales, de las frutas, del aceite, del vino y todas las producciones, entre ellas la ganadería.

Por lo tanto, las Federaciones de industrias y las Federaciones agrarias, han de estar constituídas especialmente, y funcionar siempre de acuerdo con el cálculo de las necesidades, del consumo por un lado, y con las posibilidades de producción, por otro.

Nuestro concepto es puramente técnico. Pero se puede objetarnos: deja al margen el factor psicológico, tan intenso en España, y la vida es más rica, más compleja, rebasa estos planes esquemáticos ideados desde el solo punto de vista de la Economía.

No lo olvidamos. Pero la vida regional, la organización local pueden respetarse cuando desde un Consejo económico federal se indicase a una región o comarca la necesidad de producir tal cantidad de trigo, de patatas, de tejidos u otros productos. Porque local, comarcal y regionalmente, el trabajo podrá organizarse del modo que se prefiera, sobre la base sindical o comunal, en forma más o menos racionalizada. Dejamos a cada lugar de trabajo su autonomía de organización.

También en la vida espiritual, regional y local, en las costumbres, la vestimenta, el arte, los dialectos y los idiomas, enterdemos que cada región debe conservar su personalidad.

He dicho antes que este concepto de organización económica nuestro, es puramente técnico. Es este concepto técnico el que nosotros oponemos al concepto del capitalismo y la propiedad privada, por un lado, y el concepto estatal y político, por el otro. El Anarquismo siempre ha preconizado la organización funcional de las actividades económicas; el Anarquismo ha dicho siempre que la dirección del trabajo debe estar en manos de los trabajadores industriales y técnicos y en las organizaciones de los trabajadores. La Industria debe ser dirigida, administrada y orientada por los obreros industriales y sus técnicos. La Agricultura debe ser dirigida por las organizaciones agrarias. No hay en el sentido lógico de las cosas, razón para que se proceda en otra forma.

El problema del consumo debe ser solucionado por los consumidores, por la población en general, organizada especialmente. ¿Qué más lógico y natural, qué concepto puede oponerse a éste, que no sea netamente artificial y perjudicial para todos? Eliminamos, pues, el capitalismo y el fac-

tor Estado; eliminamos también el factor Gobierno. Marx, llamaba al Estado una superestructura de la sociedad. Engels y Lenin proclamaron que la sociedad será perfecta sólo cuando el Estado haya desaparecido. La constitución estatal no entraba en sus proyectos y conceptos definitivos. La admitían solamente en forma transitoria. Pero nosotros, en España, estamos superando esta forma, porque si el Estado, en el pensamiento marxista tenía justificación cuando discutíamos sobre las etapas de la Revolución, la que estamos recorriendo ha rebasado ese período transitorio. Además, la dictadura de un partido no se avendrá nunca con la altivez española, y el pueblo español no acatará nunca las órdenes de una minoría que pretenda guiarlo obligatoriamente.

No es sólo el pensamiento marxista que nos interesa, sino, ante todo, el nuestro. La organización técnica de la sociedad se presta como un mecanismo construído directamente, sin intermediarios, por los mismos interesados en las diversas actividades.

Esta organización técnica es absolutamente imposible donde los partidos políticos pretenden predominar. Los partidos políticos tienden, y ésta es la razón de su existencia, a dirigir toda la vida social, a gobernar. Y gobernar implica imponer su voluntad, tanto en la Economía como en las relaciones humanas, tanto en la política interior como en la internacional. Y nosotros advertimos para el próximo futuro de España un peligro enorme en esta aspiración, peligro que yo creo necesario poner de relieve hoy.

Existen actualmente en España, como en todas las naciones, muchos partidos políticos, desde las distintas fracciones del republicanismo, unidas circunstancialmete, pasando por el socialismo de derecha y por el socialismo de izquierda, que encabeza el actual jefe de Gobierno, hasta el Partido Comunista. Y si queremos mirar en Cataluña, tendremos a los hombres del "Estat Català", a la "Esquerra Catalana", al Partido Socialista, de carácter bolchevique, de carácter ortodoxo; al Partido Comunista-trotskista, de carácter heterodoxo, y mañana, vencido el fascismo, cada uno de estos partidos anhelará ser el gobernante o dirigir la vida económica y su reconstrucción. Esta aspiración de Gobierno y de mando, nos abocará a luchas intestinas, graves, profundas y tal vez definitivas para España. Los partidos habrán de luchar entre sí, para arrebatarse mutuamente el Gobierno y se repetirá lo que sucedió en la historia de las revoluciones.

¡Acordaos de la Revolución francesa! ¡Acordaos de los girondinos y de los montañeses, de los herbetistas y de los babouvistas, mandándose a la guillotina; acordaos de esas disputas de los partidos, asesinándose entre sí, y asesinando la Revolución francesa!

Acordaos de las huelgas de partidos que concurrieron igualmente en Rusia y que acabaron recientemente con el fusilamiento de líderes, previa supresión de las otras tendencias.

Si así sucediera, si cada partido quisiera aplicar su programa mediante el Gobierno, no sólo nos ocurriría esto, sino que las luchas se agravarían por la resistencia opuesta a la dictadura. Si hubiera un partido triunfante, habría de centralizar fatalmente el Poder y el Estado por la resistencia que encontraría a sus designios por los otros partidos y por nosotros en primer lugar, y esto, que sería necesario para su existencia, prepararía la reacción de las regiones y de los municipios que han sido siempre hostiles a los Gobiernos centrales. El desorden, que se extendería a toda la Revolución española y a toda la nación.

Tendríamos de nuevo los meses agitados de la primera República española, que terminó a consecuencia de sus luchas intestinas; tendríamos combates fratricidas, hasta que, valiéndose de este pretexto, se produjeran nuevos desembarcos de tropas fascistas del exterior, que repetirían en la tierra española la hazaña producida en circunstancias similares por los Cien Mil Hijos de San Luis. Y a vosotros, hombres honrados de los partidos políticos frente a esta perspectiva inevitable que implica la muerte de todo cuarto el antifascismo en sí es, frente al sacrificio de centenares de millares de existencias, nosotros os decimos: republicanos, socialistas, comunistas, que todos sois productores y que, como trabajadores, habéis de venir a las organizaciones de productores. Dentro de este concierto económico podemos encontrarnos todos a pesar de nuestras diferencias políticas. Y si para realizarlo fuera preciso incluso crear una sola organización económica, si para realizarlo fuera necesario disolver la Confederación Nacional del Trabajo, formando con las otras organizaciones obreras un solo bloque, nosotros lo haríamos con gusto, porque con ello salvaríamos a la Revolución y a España.

Es a la realización de este programa a lo que os invitamos a todos, sin temor a retroceso por nuestra parte, porque el Anarquismo ha sido siempre sinónimo de igualdad económica, de supresión de la explotación del hombre por

el hombre, de un lado, y de libertad, por el otro. Dentro de esta orientación, ¿qué hombre honrado y antifascista sincero, sea cual fuere el partido a que pertenezca, no está conforme con que debe terminarse el privilegio frente a la miseria? ¿Quién no admite que el carácter español no consentirá nunca el predominio de una casta o de una fracción política sobre la población española? Habrá que respetar forzosamente lo que siempre hemos querido: la Libertad. Comprendedlo y ved cómo todo esto puede compaginarse con la realidad de este momento y la característica de este país.

Los anarquistas luchamos primero para vencer al fascismo, y después para terminar con el privilegio económico y asegurar la libertad posible dentro de la vida social. Y ahora escuchad bien lo que os voy a decir: hace poco, comparando las tasas de mortalidad española con las de otras naciones, apliqué esta comparación con la mortalidad normal de Holanda. Ella da por resultado que hay en España un exceso de 180.000 decesos que representan más de 200.000, porque en Holanda existe el capitalismo y hay todavía mortalidad evitable. Por lo tanto, una suma superior a 200.000 hombres es sacrificada anualmente a causa de la organización de la sociedad.

Nosotros los anarquistas, luchamos contra el fascismo actualmente en Madrid. Nuestras columnas están codo a codo con la columna internacional, haciendo frente a los embates de las hordas de Hitler y Mussolini. Nosotros estamos dispuestos a morir para derrotar a las hordas fascistas. Pero también estamos decididos a morir para impedir que este estado de cosas continúe. Nosotros estamos dispuestos a morir para preservar a nuestros hijos de tales horrores. Estamos dispuestos a morir para asegurar a las futuras generaciones de España el mínimo de bienestar y de libertad a que tienen derecho.

He terminado.

Precio: 15 Cts.